

rialistas, y la idolatría y el materialismo se revelaron á nuestros ojos en sus creencias religiosas, en sus opiniones filosóficas y en sus sentimientos morales. Por eso el mundo griego y el romano levantaron altares á la fuerza.

Los dioses no se diferenciaban de los hombres sino porque eran más vigorosos y más fuertes: por esta razón los hombres eran esclavos de los dioses. Los hombres no se diferenciaban entre sí sino por su fuerza ó su debilidad respectiva; por eso los débiles fueron esclavos, y los fuertes fueron libres. Los esclavos eran á los hombres libres lo que los libres á los dioses. Pero los dioses no eran omnipotentes; por eso eran esclavos del destino, personificación absoluta de la fuerza, divinidad terrible ante quien se postraban mudos los dioses y los hombres. Por donde se ve que la esclavitud era la ley de las sociedades antiguas, porque la fatalidad era su dogma.

La ley de la esclavitud que era la ley de la sociedad, lo fué también de la familia. La mujer fué esclava porque fué débil; el materialismo robó al mundo el amor, y al hombre su compañera.

Falseada la constitución de la familia, la antigüedad no pudo acercar á sus labios la copa de los placeres domésticos, y el hombre, abrumado de pesares, no pudo encontrar solaz sino en las tormentas del foro.

Dedúcese de todo lo dicho que las sociedades antiguas desconocieron completamente la naturaleza de Dios, la naturaleza de la mujer y la naturaleza del hombre, y, por consiguiente, la naturaleza de los deberes religiosos, la naturaleza del amor y la naturaleza de los sentimientos morales.

En el próximo artículo examinaré, tan cumplidamente como me sea posible, cuál fué el efecto de esta civilización materialista, y como materialista, falsa: es decir, incompleta ¹, en la literatura de las sociedades antiguas; la ausencia del amor, el envilecimiento de la mujer, el dogma de la fatalidad

¹ No es lo mismo *falso* que *incompleto*: lo *falso* se opone á lo *verdadero*; lo *incompleto* á aquello á que nada falta para su perfecta *integridad*.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

y la adoración de la fuerza en todas sus formas, bajo todos sus aspectos y en todas sus manifestaciones, constituyen los caracteres esenciales de la poesía de la antigüedad, en la parte que tiene de local, variable y contingente; ésa es la parte que debió perecer y que pereció en el naufragio del Imperio, cuando los bárbaros del Norte, señores de Roma, fueron señores del mundo.

III

M. Cousin ha dicho que lo que distingue á los griegos entre todos los pueblos del mundo, es el *culto de las formas*; esta proposición no aparecerá ciertamente aventurada al que reflexione que la civilización griega, como manifesté en mi artículo anterior, fué idólatra y materialista.

Para nosotros la divinidad es el símbolo ¹, de todas las perfecciones morales; por eso nuestros ojos buscan lo bello ideal, es decir, la perfección, en el cielo; por eso nuestra lira, cuando canta, pugna por revelarnos esa idealidad magnífica en la tierra.

Para los antiguos, un dios era un ser más ágil, más fuerte, más robusto, más alto, más hermoso que el hombre; es decir, que para los antiguos un dios era el bello ideal de las propiedades físicas de la materia, el símbolo de las perfecciones acabadas é inimitables de las formas.

Un pintor cristiano puede hacer de una mujer, común por su hermosura, una virgen si acierta á pintar en su fisonomía la sublimidad de la resignación y la ingenuidad de la inocencia ², porque para nosotros la idea de una virgen no está asociada á la de la belleza física, sino á la de la belleza moral.

Entre los gentiles, Venus no podía ser Venus, no podía ser la divinidad de los amores mecida por las olas sobre su lecho

¹ No el símbolo, sino el ser y realidad infinita en que se contienen todas las perfecciones.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² Algo más requiere la representación de una virgen.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

de espuma, si el pincel no *idealizaba* sus formas; porque ¿qué hubiera sido Venus si no hubiera sido bella?

Lo mismo que se dice de la Pintura, puede decirse, y por la misma razón, de la Poesía.

Un poeta cristiano puede describir la omnipotencia de Dios sin rasgar la nube resplandeciente que le oculta en su tabernáculo de fuego; su voluntad rige los astros y conserva los mundos; su voluntad pone un freno á los mares, viste á los campos de verdura, suspende mil lámparas en el espacio, da el ímpetu al huracán y su bramido á los vientos, da su escarlata á la aurora, y su suavidad y su perfume á las flores. La divinidad que inspira á nuestros poetas puede ser omnipotente sin dejar de ser invisible.

El Júpiter de los antiguos no puede aplacar las olas irritadas sin persuadir ó sin vencer á Neptuno. No puede amansar los vientos sin entrar en lucha ó en tratos con Eolo. No puede vencer la cólera de un torrente sin vencer antes á la divinidad que reposa en su seno. No puede lanzar su rayo sobre la frente de un héroe si antes no vence ó persuade á la divinidad que le ampara; en fin, no puede conservar el equilibrio de los mundos sino teniéndolos amarrados á los eslabones de oro de una pesadísima cadena. Es decir, que la creación, entre los antiguos, estaba entregada á la merced de fuerzas rivales, y entre los modernos á la providencia de una voluntad inteligente. Entre los modernos, la conservación de los mundos depende de la voluntad divina: entre los antiguos, de la musculatura de Júpiter. Por eso nuestro Dios, con sólo querer, mantiene todo lo creado, y Júpiter, ni aun queriendo, hubiera conservado los mundos si se hubiera escapado de su mano la misteriosa cadena.

1 En Platón se lee (*Conv.*, edit. Bipont, vol. X, pág. 182) que había dos Venus: una, la más antigua de las dos, era hija del cielo (Urano, y de aquí *urania* ó celestial), sin madre; y otra, la más joven, hija de Júpiter y de Dione. Esta fué la Venus común ó vulgar. El hijo de Urania era el amor espiritual ó propiamente dicho, el amor de lo bueno y de lo bello; el de la segunda personificó el amor sensitivo. Esta distinción prueba, que aun en la antigüedad gentilicia, no todo era representado por meras imágenes sensibles.

El carácter de la civilización griega explica suficientemente la ventaja que los poetas antiguos llevan á los modernos en la descripción de las formas y de los combates materiales: ese mismo carácter sirve también para explicar de un modo satisfactorio por qué la poesía griega es más rica de imágenes que la de los tiempos presentes. ¿Cómo no sería lozana y rica la imaginación de los poetas, alimentada á toda hora con el espectáculo grandioso de los juegos gimnásticos y con el espectáculo sublime de las estatuas maravillosas que decoraban los templos? Todo en aquella civilización sensual debió contribuir á deleitar los sentidos y á circundar de imágenes voluptuosas la exaltada fantasía. En la ausencia de nuestra divinidad, que reposada y sublime nos provoca á la meditación, al recogimiento y al misterio; en la ausencia de nuestro Dios, visible sólo para los ojos del espíritu, la Grecia divinizaba la pompa de los pensiles, el terso cristal de los arroyos, el siniestro murmullo de los bosques, el gemido apagado de las fuentes; porque para la Grecia no es la fuente la que gime, no es el bosque el que murmura, no es el pensil el que se engalana con flores, no es el arroyo el que dilata su gasa transparente por los campos: son las náyades y las ninfas que, tendiendo su mágica red de oro por toda la naturaleza embalsama, estremecida de placer y palpitante, producen esos voluptuosos gemidos, esos misteriosos murmullos, esa variedad portentosa de colores, esas inefables armonías.

Hasta la noche, que es para nosotros la obscuridad y el silencio, era para los antiguos la diosa de la voluptuosidad recatada; era Diana deslizándose mansamente por las bóvedas del cielo para sorprender, coronada de melancólica verbena, á su cazador dormido, y libar en sus labios de rubies el suave néctar de sus misteriosos amores.

Tal es el carácter general de la civilización y de la poesía de los antiguos, principalmente de la Grecia. La Grecia es un pueblo que canta, un pueblo que pinta, un pueblo que esculpe, un pueblo de artistas, á quienes los dones del ingenio y su

magnífico idioma sirven sólo para embellecer las formas, para divinizar la materia ¹.

En mi artículo último demostré que el dogma de la fatalidad fué el dogma de las sociedades antiguas; veamos ya el efecto producido por este dogma en la poesía dramática de los griegos.

Convine antes de todo advertir que, según la creencia del cristianismo, coexisten sin aniquilarse mutuamente la Providencia de Dios, es decir, la necesidad y el libre albedrío, del hombre; con la Providencia se conservan los mundos: con la libertad puede el hombre turbar hasta cierto punto la armonía preexistente de las cosas; no es propio de este lugar levantar el ánimo á consideraciones metafísicas para demostrar que es conforme á lo que nos dicta la razón cuanto aprendemos en esta sublime creencia: para mi propósito basta consignarla aquí como un hecho indestructible.

De este hecho resulta que así en nuestra poesía dramática como en nuestra poesía épica, el resultado final de la combinación artística, ó sea su desenlace, no es necesariamente previsto, porque no es absolutamente necesario; porque, aun cuando se encuentren en presencia la voluntad de Dios y la libertad del hombre, la segunda puede resistir á la primera en un caso dado, sin que se vulneren los dogmas del cristianismo y sin que nuestro Dios deje de ser omnipotente, puesto que la resistencia de la libertad del hombre en los casos particulares ha sido permitida por su omnipotencia, prevista por su soberana previsión y comprendida por su suprema sabiduría.

En las sociedades antiguas, el dogma de la fatalidad suprimía de todo punto el libre albedrío del hombre. Cuando la voz del sacerdote ó de la inspirada Sibila pronunciaba en fatídicas y desordenadas frases los inflexibles decretos de los hados; cuando el destino, apoderándose de una raza, la llevaba des-

¹ De la lengua en que escribieron Aristóteles y Platón, por ejemplo, no puede decirse que sólo sirvió para divinizar la materia.

Tocante á las artes, léase el capítulo XXIV, volumen II de la obra de Jungmann, *La belleza y las bellas artes*, y se verá refutada la aserción de Lessing — con quien concuerda en este punto Donoso, — que entre los antiguos “la belleza corpórea era la ley suprema de las artes que usan de figuras.” — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

alentada y palpitante por todos los precipicios de la vida con su brazo de metal, entonces vanas eran las súplicas, estéril el arrepentimiento, ociosa la penitencia é inútiles las plegarias; el sacrificio debía de ser irremisiblemente consumado en la tierra, porque había sido decretado en el cielo. El destino se apoderaba de su víctima como el buitre insaciable de su presa cuando no hay quien le ojee en medio de los desiertos.

De estas dos contrarias creencias resultan dos géneros de emociones dramáticas de todo punto diferentes. El terror dramático, entre los antiguos, tenía principalmente su origen en un combate exterior: entre los modernos, tiene principalmente su origen en un combate interior. Entre los antiguos, el combate de donde nacían generalmente las emociones dramáticas era el combate entre los dioses y los hombres. Entre los modernos, nacen principalmente del combate solitario del hombre consigo mismo. En la antigüedad el terror resultaba del encuentro de dos fuerzas físicas; en los tiempos modernos, de la lucha entre dos fuerzas morales ¹. En la antigüedad, la catástrofe era prevista é infalible, porque los dioses debían siempre vencer y los hombres debían sucumbir, conforme á los decretos de un inflexible destino. En los tiempos modernos la catástrofe es incierta, porque puede estar indecisa la victoria entre los deberes que nos ligan y la libertad que nos constituye; entre el principio que sujeta al hombre á Dios y el que le hace dueño de sí propio; principios en cuya lucha reside el secreto de nuestras actuales emociones.

De donde se infiere que el terror dramático de los antiguos, y el de los modernos son diferentes entre sí por su origen y por su naturaleza. El de los antiguos, naciendo de la infalibilidad de la catástrofe, abate el espíritu, abruma el corazón y postra el entendimiento. El de los modernos, naciendo de la incertidumbre, aviva el temor y la esperanza y exalta nuestras facultades morales. El de los antiguos procede del dogma de la fatalidad, que suprime el libre albedrío y la dignidad mo-

¹ “Interiores,” debió decir el autor. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

ral del hombre. El de los modernos nace de los dogmas de la Providencia del Criador y de la libertad de la criatura: dogma que hacen compatibles entre sí la omnipotencia de la voluntad divina y la augusta dignidad de las acciones humanas. En la dramática de los griegos, el hombre era esclavo; en la de la Europa moderna, el hombre es señor de su destino.

Para concluir este artículo notaré una diferencia no menos esencial que las que preceden en nuestra poesía y la de las pasadas edades. Consiste esta diferencia en el profundo conocimiento que se revela en nuestra poesía épica y dramática de los caracteres individuales, y en la ausencia total de su conocimiento que se advierte en los más acabados modelos de la poesía épica y dramática de los antiguos.

Así como en la antigüedad los dioses eran, hasta cierto punto, la personificación de las fuerzas elementales de la naturaleza física, así también los personajes épicos y dramáticos eran la personificación de las facultades morales ó de las pasiones humanas. Aquiles no es un hombre valiente: es el símbolo del valor. Nestor no es un anciano: es el símbolo de la sabiduría de los tiempos. El Ulises de la *Iliada* no es un hombre prudente y sagaz: es el símbolo de la sagacidad y de la prudencia. El Ulises de la *Odisea* no es un hombre que surca las olas y atraviesa los mares para conquistar una patria que parece le roban los dioses, y que por término de su peregrinación le conceden los hados: es el símbolo de la humanidad entera, que, llevada por la mano de Dios en frágil barca y por revueltas ondas, surca el mar proceloso de la vida.

El espíritu simbólico de los antiguos, que explica suficientemente la ausencia que advertimos en ellos de caracteres individuales, necesitaría de graves y altas discusiones para ser debidamente explicado. Resistiéndose la naturaleza de este periódico á tan áridas discusiones, me bastará consignar aquí, como un hecho, esa tendencia simbólica que se advierte en las sociedades antiguas, y que tan profundamente las separa de las sociedades modernas.

IV

Yo me propongo hablar en este artículo de la mujer y del amor: de la mujer, ángel de paz que descendió del cielo para disipar las nubes en el horizonte del mundo, y que, mientras que nosotros gemimos, vela al pie de nuestro lecho de dolores. Del amor, esa purísima llama que, como el fuego de Vesta en la obscuridad misteriosa de los templos antiguos, arde inextinguible en los profundos senos de todos los seres creados; del amor, única divinidad á quien ensalzan en coro todos los siglos y todas las gentes, en cuyos altares queman inciensos todas las naciones, y cuyas glorias cantan sin reposarse jamás en sus vibraciones cadenciosas todas las cuerdas de la lira.

En uno de mis anteriores artículos manifesté que, en la antigüedad, el orden jerárquico entre los hombres estaba determinado de una manera inflexible; que la debilidad constituía la esclavitud, y que la libertad y el señorío eran los atributos de la fuerza. Es esto tan cierto, que los hombres libres eran señores y esclavos á un mismo tiempo; señores, en sus relaciones con las razas enervadas y débiles que los servían; esclavos, en sus relaciones con la raza de los dioses, superior á la de los mortales en agilidad, en gallardía, en hermosura y en fuerza. La situación de la mujer en una sociedad constituída de este modo, debió ser amarga y enojosa. El sentimiento íntimo de su debilidad debió degradar su carácter; porque condenada, como débil que era, á la más dura servidumbre, debió considerar al hombre como á un dios de naturaleza más sublime, y debió considerarse á sí propia como una esclava de sus caprichosos gustos y de sus tumultuosos placeres. El hombre, por su parte, no pudo amar á su esclava como ama hoy á la que es su compañera; á la que derrama flores delante de sus pies para que pise blando en los senderos del mundo; á la que ha tendido una franja resplandeciente de ilusiones por el horizonte de su vida.

El nombre de Aspasia ha llegado hasta nosotros, y aún no

podemos comprender cómo el nombre de una prostituta ha salvado la corriente de los siglos asociado á los de los varones más ilustres de Atenas. Sócrates, tipo de la moralidad antigua, quemó inciensos en el profanado altar de la impura cortesana, y esa adoración no ha sido poderosa para rebajar en un punto la dignidad de su carácter, ni para echar un feo borrón en sus costumbres sin mancilla ¹.

Este fenómeno no ha sido explicado hasta ahora; á lo menos el autor de este artículo no ha encontrado una explicación que le satisfaga en tan importante materia.

La prostitución está condenada por nuestras costumbres; porque, siendo la mujer la compañera del hombre, se degrada y se pervierte, convirtiéndose por su voluntad en *esclava* de sus apetitos carnales. Entre nosotros, la mujer que se prostituye abdica su poder, se despoja de su dignidad, y se hace proverbio y fábula de las gentes. Por eso los hombres morigerados y los que ocupan un grado eminente en la jerarquía social, no pueden cultivar su trato sin mancilla de su honra y sin menoscabo de su fama.

Entre los antiguos, la mujer no se degrada consagrándose al deleite, porque su destino era deleitar á su señor y ofrecer como *sierva* á sus sedientos labios la copa de los placeres sensuales. De donde nace que, entre los antiguos, una prostituta, siéndolo, no hacía más que cumplir con las obligaciones de *esclava*, mientras que entre los modernos la prostitución es un *crimen*; porque nacida la mujer para el amor, no puede pros-

¹ No es, á la verdad, maravilla que entre los griegos no se reputase mancillado el nombre de Sócrates por el hecho de habersele visto en casa de la cortesana Aspasia, pues en ella asistían hombres de Estado, oradores, filósofos, y aun muchos maridos llevaban allí á sus mujeres para que tuvieran el gusto de oirla. En sus reuniones se hablaba de bellas letras, de política, de Filosofía, etc. Desgraciadamente, según refiere Plutarco, el oficio de Aspasia no era nada honesto, y con ella moraban otras cortesanas. Tampoco le afearon los antiguos á Sócrates que cediese á otros su mujer, lo cual era muy frecuente, tanto que el mismo Catón, aquel austero censor, cedió la suya á Hortensio; pero el gran Tertuliano les tendió justamente el látigo de la censura. “¡Buen ejemplo—decía—nos deja la sabiduría antigua! Un filósofo, un censor, Sócrates y Catón, prostituyen á sus mujeres en obsequio de sus amigos para que les den hijos.” *Apol.*, 39.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

tituirse sin degradarse. Una *sierva* ni se prostituye ni se degrada porque se arrastra en el cieno ¹. Una Reina se degrada y se prostituye cuando, poseída de un vértigo carnal, para entregarse más libremente á sus torpes apetitos se despoja de su diadema y desciende de su Trono.

Estas consideraciones sirven para explicar por qué Sócrates, en los tiempos antiguos, pudo cultivar el trato de Aspasia sin mancilla de sus costumbres, y por qué no hubiera podido cultivarle en los tiempos modernos sin menoscabo de su honra.

Siendo la mujer, para los antiguos, de una naturaleza inferior á la naturaleza del hombre, y haciendo iguales el amor á todos los que se aman, el amor fué para los antiguos un *mal*, porque causaba una alteración profunda en las jerarquías sociales establecidas por las leyes. La ley hacía á la mujer *esclava*, y el amor la convertía forzosamente en *compañera* del hombre; no es extraño que el amor fuese considerado por los antiguos como una insurrección contra la ley; y como las leyes que establecen las jerarquías son siempre las más importantes para las sociedades humanas, no es tampoco de extrañar que el amor que vulneraba esas leyes fuese considerado por los antiguos como una calamidad pública, signo cierto de la cólera de los dioses ².

De este modo está considerado el amor por todos los poetas de las sociedades antiguas. Como el hombre era superior á la mujer, el amor en el hombre fué considerado siempre como una debilidad degradante; como la mujer era esclava, su amor fué considerado como un crimen, hijo de la más imperdonable osadía; en uno y otro caso el amor fué considerado como una calamidad precursora de grandes infortunios.

La gran confederación de los helenos está á punto de alla-

¹ No es cieno la servidumbre, sino humillación y dolor, que no destruyen ciertamente la imagen de Dios esculpida en el alma del esclavo, ni le sujetan con vínculo alguno *moral* á los caprichos y liviandad de su señor.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² En todo lo que Donoso dice del amor se nota mucha confusión, pues no distingue aquí expresamente entre el amor carnal é impúdico y el amor casto, que nunca entre los gentiles fué reprobado.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)